

Ésta contestó resueltamente :

—Por mi parte, es inútil que espere. Pasaré aquí la noche, y mañana tomaré mis disposiciones. Después de lo que ha pasado entre nosotros, no podemos estar juntos ni un minuto. Nos separaremos, sin que haya fuerza humana que lo impida.

—¡ Es un capricho inconcebible !—replicó el nuevo personaje.

Catalina contestó :

—Un capricho irrevocable.

Y arrastrando á Isabel, que parecía estupefacta, desapareció por una puerta, que, abierta en un ángulo del aposento, conducía á las habitaciones interiores de la casa.



V.

AL desaparecer Catalina, seguida de Isabel, el nuevo personaje paseó la mirada por la habitación, y se encontró con Jaime, que, cruzados los brazos, lo miraba sin sorpresa, pero dejando ver en su fisonomía la más profunda lástima. Entonces se inclinó, diciendo :

—Juraría que me encuentro delante de un amigo de quien me despedí hace tres años largos, y en el que he pensado algunas veces con pena. ¿Me engañará la semejanza?

—No, Miguel (contestó Jaime); no te engaña la semejanza. Ese amigo, al despedirse de ti para siempre, te dijo : « La fortuna es loca, la opulencia hastía y los placeres se acaban ; si alguna vez necesitas el corazón de un amigo, encontrarás el mío ».

—¡ Ah ! (exclamó Miguel.) ¡ Quién demonios

había de conocerte con esos zapatos de cuero blanco, con esa camisa de rayas amarillas, con esa cabeza, siempre gallarda, pero horriblemente despeñada, y, sobre todo, con esos mosquetes!.... Venga la mano, querido patán; venga esa mano, que yo siempre soy el mismo.... Así..., así.... Aprieta, aprieta.... ¡Cáspita, y qué fuerzas has echado!

—Yo (le replicó Jaime) te he conocido, á pesar del hundimiento de tus mejillas, de la espantosa palidez de su rostro, de la horrible contracción de tu boca. Es más: te he conocido antes de que llegaras; la presencia aquí de tu mujer me ha anunciado la tuya, y te esperaba.

—¡Hola, hola! ¿Conoces á Catalina?

—Sí, Miguel, la conozco. No te alarmes. Es ella demasiado hermosa, y sois los dos demasiado ricos y espléndidos para que no os conozca todo el mundo.

—Es verdad.... Algunas veces me alegraría de que nadie nos conociera; pero no es posible. Y dime: ¿tú también te casaste?

—Sí; yo también me casé.

—¿Con una pobre, por supuesto? Todo lo que me rodea me advierte la estrechez de tu posición.... Y, vamos, con franqueza: ¿eres feliz?

—Tanto como tú eres desgraciado.

—¡Diablo! ¿Y qué haces para ser tan dichoso?

—Trabajo, amo y rezo.

—Pues son tres cosas bien poco divertidas.

—¿Y tú?... Despierta mi envidia pintándome

tu paraíso. Siéntate, siéntate, y habla. Te voy á oír con la boca abierta.

Miguel se rascó la cabeza, se pasó el pañuelo por la frente, se atusó el bigote, y dijo:

—¿Yo?... ¡Bah!.... ¿Qué he de hacer?... Gozo.

—¡Ay, Miguel! (exclamó Jaime.) No puedes engañarme, porque veo en tu rostro la desesperación de tu alma.

—No te negaré que experimento algunas contrariedades; que tengo disgustos. El carácter de Catalina no encaja bien con el mío; le gusta un poco ejercer el imperio de sus seducciones; ofrece demasiado sus encantos; tiene mucho partido entre los hombres, y me hace padecer celos feroces; pero yo adoro el atractivo con que enciende mi sangre, de tal modo, que algunas veces siento, como Calígula, el vivo deseo de buscar en sus entrañas la causa oculta del ciego deleite que me inspira. Es posible que acabemos mal, porque no va por buen camino; pero esto tiene también sus goces, goces extraordinarios que tú no comprendes.

Jaime le disparó la siguiente pregunta á quemarropa:

—¿Y qué harías en el caso de una infidelidad?

Los ojos de Miguel relampaguearon, como si dentro de su alma hirviera una tempestad; y al relámpago siguió el trueno, pues con voz sorda dijo:

—La venganza es un gran placer; y, en el caso de una infidelidad, la mataría.

—No lo creo (replicó Jaime con desdén). Hablas así por...., por hablar.

—¡Te juro (exclamó Miguel) que la mataría! Y apretando el brazo de Jaime con sus manos crispadas, añadió:

—Te digo más....: ¡la mataré!

—Pues yo te repito que no lo creo.

—Supón (dijo Miguel, paseándose con agitación febril) que la infidelidad existe, que la descubro. Supón que no he de ser tan bárbaro que vaya á matarla en un arrebato de celos, que me pondría en ridículo ante la sociedad, y en grave compromiso ante la ley. Supón, en fin, que pienso las cosas, que las medito y que sé hacerlas.

—Muy bien (replicó Jaime); pero de todas esas suposiciones no saco nada en limpio.

—Imagínate (continuó Miguel) que coloco todos mis fondos en el Banco de Londres; que Catalina y yo vamos á pasar unos días...., por ejemplo, á nuestra quinta de Carabanchel, de donde oportunamente han desaparecido todos los criados, y cuya llave llevo yo en el bolsillo. Imagínate que entre el jardín y el parque hay un pozo profundo de una noria inutilizada; que por allí se pasa para llegar al pabellón de Catalina, donde hay luz, aunque no está su doncella. Imagínate que llegamos de noche, que entramos solos, dejando la berlina en el camino; que salgo yo á los cinco minutos después de dejar á la señora perfectamente instalada; que tomo de nuevo el coche; que corro á la esta-

ción; que alcanzo el tren que va á salir, y que no paro hasta Bayona.... ¿Te parece que no he meditado bien el caso de una infidelidad?

Jaime contempló á su amigo algunos instantes con verdadera angustia, y bajando la voz, le dijo:

—Si vieras tu rostro en este instante, te espantarías de ti mismo. Y, sin embargo, no me sorprende lo que acabas de decirme, porque lo presentía; el crimen feroz que proyectas entra perfectamente en el orden de tus desastrosas ideas.

—Ella es la culpable,—rugió Miguel con voz sombría.

—¡Culpable! (exclamó Jaime.) ¡Culpable! ¿De qué? ¿Con qué derecho vas á pedirle una virtud que tú no tienes, una pureza que tu materialismo niega? Si fuera de esta vida no hay nada, ella, como tú, lo quiere aquí todo. ¿Con qué freno has de sujetar la violencia de sus apetitos? Sin un Dios que juzgue nuestras acciones y nuestros pensamientos, que castigue y perdone, que aflija y que consuele, no hay justicia, ni derecho, ni amor, ni virtud.

—¿Y qué Dios es ese?—preguntó Miguel.

—Dios trino y uno (contestó Jaime). El Dios que te hizo de la nada, infundiéndote un soplo inmortal de su divina esencia; el Dios que humilla á los poderosos y ensalza á los humildes; el Dios que toma carne mortal y muere en una cruz por redimirte; el Dios que llama en este instante á tu corazón, impidiendo que cometas un crimen espantoso;

el mismo Dios, que te ofrece toda su misericordia en cambio de tu arrepentimiento: el Dios verdadero.

—¡Es tarde! ¡Es tarde!—exclamó Miguel, agitado.

En aquel momento sonó un ruido repentino, que se prolongó, apagándose poco á poco.

—¿Es mi coche que se aleja?—preguntó.

—Eso parece (contestó Jaime). Y se conoce que va á escape.

—No es posible.... Pero veamos.

Isabel, apareciendo en la puerta, detuvo á Miguel, que iba á salir. Realmente era la aparición de un ángel. Su bata azul realzaba la blancura de su cuello, dejando admirar la noble majestad de su casta figura. Sus rubios cabellos brillaban alrededor de su frente como una aureola, y en sus ojos, de un negro azulado, resplandecían dos lágrimas, como dos estrellas en el fondo de un cielo obscuro.

—Caballero (dijo, inclinándose tristemente delante de Miguel); Catalina me ha entregado para V. esta carta.

Miguel la tomó con respeto; y, acercándose á la luz, la devoró con sus ojos. Después se la dió á Jaime, diciéndole:

—Lee, lee.

La carta contenía estos cuatro renglones:

«Sin que Isabel pudiera impedirlo, lo he oído

todo desde la puerta. Me vuelvo á Madrid, y no creo que cometerás la infamia de ponerte en mi presencia.

»Guerra implacable.

»CATALINA.»

Jaime devolvió á su amigo la carta de Catalina, mientras Isabel decía:

—No he podido detenerla; mis caricias, mis súplicas, mis lágrimas, todo ha sido inútil; mas no debe V. afligirse; es muy impetuosa y muy decidida, pero es buena.

Miguel se inclinó ante aquellas palabras bondadosas y ante aquella voz llena de dulzura, y le dijo:

—Lo siento, y me alegro. Lo siento, porque voy á proporcionarle á V. la molestia de un huésped desconocido; y me alegro, porque pasaré aquí la noche.

—Tú (replicó Jaime) no eres aquí desconocido; han oído tu nombre muchas veces, y todos te conocen en esta casa, y todos te estiman.

Estas palabras las pronunció echándole el brazo por el cuello.

Isabel añadió:

—Tiene V. á nuestro cariño y á nuestra confianza un derecho incontestable, que consiste en el gran afecto que mi marido le profesa; nosotros queremos todo lo que él quiere.

Aún tenía Jaime abrazado á su amigo, cuando entró la abuela con el nieto en los brazos; Miguel la saludó y besó al niño. Detrás de la abuela entró Luis, cuya rubia cabeza acarició el huésped.

Se acercaba la hora de la cena, y la familia tenía costumbre de reunirse en la sala antes de ir al comedor, donde encontraba una mesa limpia y un alimento sano.

Después de la cena, los dos amigos salieron al jardín, donde permanecieron hablando hasta la madrugada. Miguel había cenado poco, pero durmió algo. Al día siguiente por la tarde se despidió de la familia, con gran sentimiento de todos: de Isabel y de su madre, porque parecía muy desgraciado; de Luis, porque aquella mañana habían cogido pájaros en el parque, y se habían hecho muy amigos.

Jaime acompañó á Miguel hasta el camino, donde esperaba un coche de alquiler que se había hecho venir de Madrid.

Los dos amigos se abrazaron, y Jaime dijo:

—Creo que no debes detenerte en Bayona, ni ir á París.

—Ahora (le contestó Miguel) voy á Londres, y el invierno lo pasaré en Italia.

Al separarse se abrazaron de nuevo, y el coche partió al fin, tomando el camino que conduce desde Carabanchel á la estación del camino de hierro del Norte.

Miguel iba diciendo:

—¡Qué dichosos son!

Mientras su amigo, viendo desaparecer el coche á lo lejos, decía:

—Aún puede ser feliz.

Lo que acabo de contar ocurrió á principios de Agosto, y en Noviembre recibió Jaime en Madrid una carta bastante original. Estaba fechada en Roma, y empezaba:

« Querido Jaime.... »

En seguida aparecía el *Credo*, copiado palabra por palabra, en letra clara, igual y de rasgos firmes; letra que me atrevo á llamar fervorosa. Al pie del *Credo* se hallaba la firma en esta forma:

« Tuyo,

» MIGUEL. »

FIN DE « DOS PARA DOS ».

